



Los Amados del Cordero

Un sermón de George Müller de Bristol

Un sermón predicado por George Müller en la Capilla Bethesda, Great George Street, Bristol, el domingo 6 de junio de 1897 por la noche.

Apocalipsis 7:9-17. “Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones y linajes, y pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con ropas blancas y palmas en sus manos”. En la actualidad, según todas las apariencias, el número de creyentes en el Señor Jesucristo es pequeño, en comparación con el gran número de los que no creen en Él. Pero no será así siempre; se acerca el día en que se hallará que innumerables multitudes pertenecen a Cristo. ¡Oh, qué precioso recordar esto! ¡Cuán profundamente importante insistir en ello, buscar cada vez más aprehenderlo, consolarnos con ello y ser estimulados por medio de esto para que, individualmente, seamos instrumentos de Dios para sumarnos a esta vasta multitud! ¡Qué estímulo esto para las labores misioneras! ¡Qué estímulo es hablarles a las almas sobre su salvación! ¡Qué estímulo, también, tratar de ganar a los jóvenes, a los de mediana edad y a todas las clases de personas para el Señor, mediante las escuelas dominicales, escuelas de harapientos¹ y de cualquier manera que se haga!

Pero de manera especial debe llevarnos, individualmente, a estar ante Dios y a ofrecernos para el servicio misionero, si aún no lo hemos hecho. Si el Señor nos acepta, nos usará para la alabanza de Su Nombre; si el Señor no nos acepta, habremos hecho nuestra parte, en nosotros mismos. Aún más, si no salimos individualmente a países paganos, aún podemos ser fundamentales a la hora de glorificar a Dios en relación con las labores misioneras. Podemos ayudar a los misioneros con los medios que Dios nos ha encomendado, y podemos ayudarnos con nuestras oraciones, escribiéndoles una palabra de consuelo y una palabra de aliento, y en una variedad de formas más podemos ser decisivos en ayudar a las operaciones misioneras. Un versículo profundamente importante es este, lleno de consuelo, de aliento, de exhortación a hacer lo que podamos para que seamos instrumentos para aumentar esta gran multitud ganada para el Señor.

“Vi, y he aquí, una gran multitud, que nadie podía contar”. Está fuera del poder de cualquier ser humano contar el gran número de los salvados. “El cual nadie podía contar, de todas las naciones y linajes y pueblos y lenguas que estaban delante del trono”. Note la palabra “se puso de pie”; que muestra la actitud de un sirviente. Todos estos santos ángeles elegidos estaban delante del trono; todos estos salvos, esta innumerable multitud de todas las naciones y tribus y pueblos y lenguas tenían la actitud de siervos delante de Jehová. “Se puso delante del trono y delante del Cordero”. El Cordero, como todos sabéis siempre que se usa esa expresión, se refiere a nuestro Señor Jesucristo, en razón de la expiación que hizo. “Estaban vestidos con túnicas blancas”. ¡Túnicas blancas! Esto se refiere al poder de la sangre del Señor Jesucristo. Naturalmente, estamos delante de Dios

¹ Las escuelas harapientas eran organizaciones caritativas dedicadas a la educación gratuita de niños indigentes en la Gran Bretaña del siglo XIX (Fuente: Wikipedia).

con vestiduras inmundas, espiritualmente; y estas vestiduras sucias no las podemos lavar y blanquear nosotros mismos, para que Dios pueda estar satisfecho con nosotros. No podemos darnos justicia a nosotros mismos. No tenemos ninguna. Toda nuestra propia justicia en las Escrituras se compara con trapos de inmundicia. Ya sea que lo veamos o no; ya sea que lo permitamos o no, esta es la declaración de Dios: nuestra propia bondad, mérito, dignidad y justicia son como “trapos de inmundicia”.

¡Ahora bien, estos trapos sucios nunca podrán entrar al cielo! ¡Dios no puede soportar la inmundicia espiritual en el cielo! Todas las cosas de esta índole deben ser quitadas: la inmundicia espiritual debe ser eliminada, y la única manera de quitarla es por el poder de la sangre del Señor Jesucristo. Ahora, una gran pregunta práctica, por lo tanto, con respecto a todos es esta: “¿Cómo está la cosa conmigo?”. Deberíamos preguntarnos: “¿Qué tal con mis ropas espirituales? ¿Son blancas y limpias? ¿Estoy en un estado tal que Dios pueda recibirme en el cielo?”. Si todavía no he visto que soy un pecador; si todavía no he confesado ante Dios que soy pecador; si todavía no he puesto mi confianza únicamente en los méritos del Señor Jesucristo y en Su sangre expiatoria, ¡entonces no estoy preparado para el cielo! Pero he llegado a esto. Esta no es una salvación para unos pocos elegidos, o unos cientos de pocos, ni siquiera la salvación de unos pocos miles; sino de una multitud innumerable salvada por el poder de la sangre del Señor Jesucristo. Y así como ellos fueron salvos, y no merecían nada más que castigo, así yo (deberíamos decirnos a nosotros mismos individualmente), incluso yo, puedo ser salvo si busco la salvación en la manera designada por Dios, buscando no obtenerla por mi propia bondad, mérito y dignidad, sino por Jesucristo. De esta innumerable compañía, todos obtuvieron la salvación por medio de Jesucristo, y así puedo yo obtenerla. Y no de ninguna otra manera.

Muchas personas se dicen a sí mismas: “Bueno, es cierto que todavía no me ha ido bien, como podría haber sido y como debería haber sido; pero ahora he intentado pasar otra hoja; buscaría ahora vivir de manera diferente a lo que he estado haciendo, y así compensaré los fallos, los fracasos y los pecados del pasado”. ¡Este es un error que destruye el alma! Nunca, nunca, nunca podremos compensar un solo pecado del que hemos sido culpables, porque si fallamos en uno solo en particular, si fuera posible que estuviéramos en un estado tal que nos hubiéramos quedado cortos por un solo pecado, eso sería suficiente para nuestra perdición, porque entonces habríamos quebrantado toda la ley; y mientras confiáramos en nosotros mismos para la salvación, esta ley quebrantada traería destrucción sobre nosotros. Por lo tanto, debemos apartar la mirada de nosotros mismos y mirar a Cristo, y solo a Él. Dios lo envió al mundo para que no solo cumpliera todos los mandamientos que hemos quebrantado innumerables veces, y así obrar una justicia en la que podamos ser aceptados por Dios, sino que también llevó el castigo en nuestra posición y en lugar de nuestra desobediencia. Por tanto, debemos escondernos en Cristo; es decir, apartar la mirada por completo de nuestra propia bondad, mérito y dignidad, de los cuales no tenemos ni uno solo, y poner toda nuestra confianza en el Señor Jesús.

Entonces, recordemos que debemos tener “túnicas blancas”, de lo contrario no podemos entrar a la presencia de Dios. Nuestros propios pecados, que son comparados con las vestiduras sucias, deben ser quitados, y debemos confiar única y simplemente en los méritos y sufrimientos del Señor Jesucristo, y así, por el poder de Su expiación, ser

limpiados de todos nuestros pecados. ¡Oh, qué precioso! Ahora bien, este es mi consuelo, habiendo sido culpable de innumerables transgresiones cuando era joven, habiendo fracasado y fallado en una variedad de formas desde mi conversión, aunque no viviendo en pecado grave; sin embargo, fallando en acción, palabra, pensamiento, aunque aborreciendo el pecado y amando la santidad, este es mi consuelo, estoy de pie ante Dios con ropas blancas, limpio y sin mancha, como si nunca en toda mi vida hubiera sido culpable de un solo pecado. Y a este estado he sido traído por la fe en el Señor Jesús; y a este estado no solo he sido traído yo, sino todos los que creen en Jesús, que confían en Él para la salvación. ¡Oh, qué consolador es esto! ¡El miedo a Dios, el miedo a la muerte, el miedo a la eternidad se detiene por completo al entrar en la obra del Señor Jesús, y apropiárnosla! Ahora aseguraos, amados amigos cristianos, de que individualmente, si aún no lo han hecho, obtengáis todo el consuelo que Dios quiere que obtengamos de esta expresión, “túnicas blancas”. “Y palmas en sus manos”. La palma fue en la antigüedad el signo de la victoria. Y esta multitud innumerable, cada uno con una palma en la mano, declara que se ha obtenido la victoria. Victoria por la sangre del Cordero. Victoria por el poder de Jesucristo, quien se la dio. Victoria obtenida para nosotros individualmente, porque nos ama con un amor eterno e inmutable. “El que ha comenzado una buena obra en nosotros, la llevará a cabo por el poder de su Espíritu”, y así al final nos recibirá en la gloria. ¡Oh, qué precioso es esto! Actualmente estamos en conflicto espiritual. Satanás aún no ha sido conquistado. Satanás todavía es nuestro gran enemigo y lucha contra nosotros, y a menudo y con frecuencia obtiene, de una forma u otra, una ventaja sobre nosotros; si no está en el camino de llevarnos a una caída abierta, hay algunas palabras que se nos escapan que no deberían hacerlo; hay algunos pensamientos encontrados en nosotros que no deberían existir; e incluso, de vez en cuando, una acción que no está del todo de acuerdo con el estado semejante al de Cristo en el que deberíamos encontrarnos. Pero todo esto llegará a su fin. El bendito Jesús, quien ha comenzado una buena obra en nosotros, la terminará, y tendremos individualmente (aunque seamos en nosotros mismos débiles y endeble e inútiles) la victoria a través de Jesucristo.

Ahora bien, esta multitud innumerable “clamó a gran voz, diciendo: ‘La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero’”. ¡Fijaos en esto en particular! Ellos atribuyen la salvación a Dios y al Cordero; al Padre y al Hijo, a Jehová y a nuestro Señor Jesucristo. no dicen: “Oraba mucho; era muy consciente; nunca cedí a nada contrario a la mente de Dios”. ¡Nada de eso! ¡Todo lo contrario! La salvación es atribuida por cada uno de los salvos a Dios el Padre, y a Dios el Hijo, el Señor Jesús, que se encuentra aquí bajo la figura del Cordero. “Ellos clamaban a gran voz”. También es de notar especialmente que no solo lo susurraban de vez en cuando, unas cuantas veces, sino que en voz alta lo declaraban, que la gente podría oírlo, porque era el gozo de sus corazones atribuir la salvación a Dios y al Señor Jesucristo, y no atribuirse el menor mérito a ellos mismos. Este será el caso de todos los salvos. Compañeros creyentes, todos, desde lo más íntimo de nuestras almas, nosotros atribuiremos enteramente nuestra salvación a Dios y al Señor Jesús, y que no hicimos nada en absoluto, sino que simplemente, como mendigos, ¡aceptamos lo que nos fue dado!

“Y todos los ángeles estaban alrededor del trono, y alrededor de los ancianos y los cuatro seres vivientes”, es decir, los cuatro seres vivientes, en contraposición a los cuatro grandes poderes mundanos que se postrarán sobre los pecadores gentiles, “y se postraron

ante el trono sobre sus rostros, y adoraron a Dios”. Nota esto nuevamente, los santos ángeles no caídos estaban alrededor del trono; “estaban de pie”, indicando la posición de los sirvientes ante el Maestro. “Estaban de pie alrededor del trono y de los ancianos”, en representación de la Iglesia y de los cuatro seres vivientes, y se postraron ante el trono sobre sus rostros, con profunda humildad de alma, atribuyendo la salvación a Dios Padre y al Señor Jesús, “y adoraron a Dios”, alabándolo y adorándolo por lo que había hecho por ellos, “diciendo: Amén”, es decir, “Así sea”. “La bendición”, es decir, alabanza en el más alto grado, “y gloria y sabiduría y acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos, amén”. Esto expresa la profunda gratitud que sienten los redimidos; y así será con nosotros. Si hay un poco de alabanza y un poco de acción de gracias en nuestro corazón, adoraremos, alabaremos y engrandeceremos al Señor por lo que ha hecho por nosotros en Cristo Jesús. Y de nuevo, a esto pusieron su “Amén”, es decir, atribuyendo todo de corazón a Dios.

“Y uno de los ancianos respondió, diciéndome: ¿Qué son estos que están vestidos con ropas blancas, y de dónde vienen? Y yo le dije: ¡Señor, tú lo sabes!”. Se le preguntó al apóstol Juan de dónde venían estos individuos; y confiesa su ignorancia. “Señor, tú lo sabes” - eso significa, en otras palabras, “yo no sé, pero tú lo sabes, y puedes decírmelo”; y a través de esta confesión de su ignorancia obtiene la información. Y esto es precisamente lo que tenemos que hacer ante Dios, no para jactarnos de que lo sabemos todo, que ya estamos instruidos en el más alto grado, que no podemos ser enseñados; sino, por el contrario, reconocer una y otra vez, cuando leemos las Escrituras y encontramos algo que no entendemos, que ignoramos el significado del pasaje, y pedirle a Dios que se complazca en enseñarnos. Descubriremos que está listo para hacerlo. Y este ejemplo de cómo incluso un apóstol confesó su ignorancia debería ser un caso particular de ánimo para que estemos dispuestos de nuestra parte también a confesar nuestra ignorancia; porque sabemos que no solo fue muy honrado, sino que era un creyente que había estado durante mucho tiempo en el servicio, en un gran servicio, que durante mucho tiempo había sido un apóstol, y que ahora estaba al final de su peregrinaje terrenal, pues tenía unos noventa años, pero no se avergonzaba de confesar su ignorancia. Por eso, nunca deberíamos avergonzarnos ante Dios de confesar nuestra ignorancia, porque esa es la manera misma de aumentar nuestro conocimiento. Si nos humillamos ante Dios, Él nos instruirá cada vez más.

“Señor, tú lo sabes. Y me dijo: Estos son los que salieron de la gran tribulación”, haciendo especial referencia a lo que habían tenido que atravesar, y trayendo ante nosotros también aquello por lo que todavía tenemos que pasar - “y han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero”. Aquí no tenemos por qué suponer que la gran tribulación había blanqueado sus mantos, sino la sangre del Cordero; y nunca debemos perder de vista el hecho de que ninguna prueba, ninguna aflicción, nos hace blancos. Pueden sernos útiles, pueden hacernos bien espiritualmente, deberían hacernos bien espiritualmente; porque precisamente por esta razón se nos envían pruebas, sufrimientos, dolores, enfermedades, aflicciones, para ser una bendición para nosotros, pero nunca podrán blanquear nuestras vestiduras. Solo la sangre de Jesucristo puede lograr esto. “Y han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono”. No a causa de la gran tribulación están allí, sino porque sus

ropas fueron blanqueadas por la sangre del Cordero, es decir, por la obra expiatoria del Señor Jesucristo. Por esto están delante del trono de Dios.

Ahora viene algo más. “Y le sirven día y noche en su templo”. “Le sirven día y noche”. Algunas personas tienen la idea de que el cielo consiste en cantar todo nuestro tiempo, de modo que cien años después de otros estaremos cantando, y que las alegrías del cielo consisten en no hacer nada. Esto es un gran error. Si trabajamos y servimos al Señor un poco, esto se presenta como un gran honor, un gran privilegio poder hacerlo por la eternidad. Hay un versículo, en particular, que señala esto en el último capítulo del libro de Apocalipsis, el tercer versículo, donde se dice: “No habrá más maldición, sino que el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán”. Fijaos, esto se presenta como el mayor honor, privilegio, disfrute y bendición: que los siervos del Dios Viviente le sirvan; es decir, tener el gran honor, el gran privilegio que se les ha otorgado de servir al Señor, y justamente en el grado en que ahora tienen la mente de Cristo, con la cual consideran que se les permita servir al Señor como un honor, como un privilegio, y no como una carga, no como una tarea fastidiosa.

Yo mismo, desde hace muchos años, una y otra y otra vez, le he pedido al Señor que todavía me permita tener el gran honor, el gran privilegio, el gran gozo de servirle, de trabajar por Él. Lejos de considerarlo una carga, una tarea fastidiosa, todo lo contrario; y justamente en la medida en que somos felices en el Señor, consideraremos servirle como un gran privilegio, como un honor particular, un disfrute particular que se nos ha otorgado.

Y cuando tú y yo, como creyentes, nos encontremos al final en este lugar y en este estado, y sirvamos al Señor día y noche, y lo adoraremos y alabaremos por concedernos este honor para hacer cualquier cosa pequeña para Él. “Y el que está sentado en el trono habitará entre ellos”. Dios completamente cerca, en medio de nosotros; lo miraremos sin la menor partícula de pavor o temor, porque la culpa habrá desaparecido por completo de la conciencia, mediante el poder de la sangre expiatoria del Señor Jesucristo. Oh la bendición de todo esto; y estas no son meras frases simples, sino que estas declaraciones se nos presentan como realidades, que de aquí en adelante se encontrarán verdaderas en nuestra propia experiencia feliz.

Luego, en los dos últimos versículos, tenemos ante nosotros el estado sumamente bendecido en el que seremos hallados, cuando la maldición haya sido eliminada por completo. “No tendrán más hambre, ni más sed”. Esto no es literalmente hambre, ni literalmente sed; sino que espiritualmente ya no habrá hambre ni sed, habiendo obtenido a plenitud todo lo que incluso el corazón renovado puede desear. Oh, piensa en la bienaventuranza, ¡la maravillosa bienaventuranza de todo esto! Y sin embargo, con todas estas declaraciones en las Sagradas Escrituras, una y otra vez de encuentra que cuando las personas se convierten, se les compadece por ser personas muy tontas y necias, porque se piensa que tienen que ser miserables, como si fuera una cosa miserable ser regenerados, nacer de nuevo. La verdad es que no hay felicidad real, y no puede haberla, hasta que seamos llevados a conocer a Jesús, y todos los que somos creyentes en Cristo lo sepamos por nuestra propia experiencia. Buscábamos la felicidad en los placeres miserables del mundo, y a veces hasta pensamos que la habíamos obtenido; pero un poco más y nos

dimos cuenta de que nos habíamos estado engañando a nosotros mismos, que no se podía encontrar verdadera felicidad en ningún otro lugar que no fuera el Señor Jesús. Y sabemos, por experiencia, que lo que obtuvimos fue a través de la fe en Cristo.

“No tendrán más hambre, ni más sed; y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno”, es decir, el sol no los golpeará de manera dolorosa, desagradable, como en los países tropicales. Mientras estaba una vez en mis giras misioneras, pasando por la India, una y otra vez escuché de mis amados hermanos misioneros que fue una prueba para ellos el calor excesivo, golpeado por el sol. Y al fin, yo mismo supe de esto, por mi propia experiencia, porque después de haber trabajado durante cuarenta semanas en Calcuta, con el calor a 110 grados², llegué a esto, que solo podía acostarme en mi sofá, sin ser capaz de hacer cualquier otra cosa; y cuando busqué consejo médico al respecto, el médico me dijo: “A riesgo de tu vida te quedas un día más aquí; debes ir de inmediato a las colinas”. Solo cuando estaba en una atmósfera de tres o cuatro mil pies sobre el mar, la vida regresó de nuevo, por así decirlo, y entré en un estado diferente. Todo esto explica lo que se quiere decir aquí, “ni el sol caerá más sobre ellos, ni calor alguno”. Al desaparecer la maldición, esto también desaparecerá por completo, por lo que en nuestros cuerpos glorificados no tendremos el menor inconveniente con respecto a ninguna de estas cosas.

“Porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los conducirá a fuentes de aguas vivas, y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos”. ¡Completamente cerca de Dios! Completamente cerca del Señor Jesús, en su feliz presencia habitualmente, día tras día, año tras año, cien años tras otros, mil años tras otros, un millón de años tras otros; e indeciblemente feliz de continuo. Todo lo que quisiera probarnos se quitó por completo, porque la maldición se ha ido. “Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos”. Este es el bendito privilegio no solo de uno o del otro, como Pablo, Pedro, Santiago o Juan, sino el gran privilegio de los más débiles, el más débil hijo de Dios en la tierra, ¡oh qué bendición! ¡Cuán indeciblemente bienaventurada es la suerte de todos los que son discípulos de Jesús! Por lo tanto, en lugar de permitir que estas personas se compadezcan de nosotros, porque estamos espiritualmente despiertos y hechos para venir a Cristo, tenemos que decirles cuán sumamente felices somos al creer en Jesús. Ahora bien, ¿hay algún presente que todavía no sea creyente en el Señor? Es posible que estén deseando disfrutar de un placer especial en Pentecostés y se digan a sí mismos: “Oh, cuando llegue Pentecostés, qué feliz seré”. Ese era mi caso cuando era niño. Pentecostés fue un momento particularmente agradable, y en la pequeña ciudad donde me crié había mucho sucediendo en ese momento. Pentecostés duró solo unos días. Sin embargo, por fin, cuando tenía veinte años, encontré a Jesús, de quien nunca había escuchado cuando era un joven inconverso, porque aunque tuve treinta tutores en la escuela secundaria clásica en la que estuve durante nueve años para prepararme para la universidad, siendo el deseo de mi padre que me convirtiera en clérigo, ninguno de ellos me habló jamás de mi alma. Un día, en una profunda prueba, me pusieron en la mano libros de infieles, que me estremecí al mirarlos y los devolví, pero nunca nadie me habló de Jesús hasta que cumplí los veinte. Luego, siendo conducido a una pequeña reunión religiosa, por consejo de un amigo, encontré a Jesús. Entré a esta reunión tan completamente muerto en pecado como podría estarlo cualquier joven. Salí de la casa como un feliz joven discípulo del Señor Jesús, y he sido un hombre feliz desde entonces, hace ahora setenta y un años y siete meses. Por lo tanto, en lugar de sentir lástima por

² Se entiende que son grados Fahrenheit, que corresponden a unos 43 grados Celsius.

nosotros cuando los llevemos a Jesús, si la gente entendiera lo que significa venir a Él y confiar en Él, ellos mismos se preocuparían seriamente por sus almas. Pero como ignoran lo que significa creer en Cristo, nos miran con piedad y compasión.

Es una cosa indescriptiblemente bendita, incluso para esta vida, ser un creyente en Cristo; pero ¿qué será cuando por fin entremos realmente en la gloria y seamos perfectos a Su semejanza, perfectamente libres del pecado, en todos los sentidos listos, momento a momento, para glorificar a Dios, de modo que Su Voluntad solo tenga que ser presentada a nosotros e instantáneamente estaremos listos para llevarla a cabo! Ese día se acerca, tenlo por seguro. Vendrá, y por lo tanto debería haber algún presente que aún no haya entregado su corazón al Señor, oh, mis queridos jóvenes amigos, oh, mis queridos compañeros pecadores de mediana edad, oh, mis compañeros pecadores muy avanzados en la vida, si aún no habéis entregado vuestro corazón al Señor, apresuraos a hacerlo sin demora un momento más.

¡Sea serio! Reconoce ante Dios que eres un pecador, que no mereces nada más que el castigo, y pídele que te mire con piedad y compasión y te ayude a poner tu confianza en Jesús. Así vendrá la bendición, con tanta certeza como realmente deseas obtenerla. Dios conceda que sea así, por amor de Jesús. Amén.

www.george-muller.es

Este sermón se trata de una traducción realizada por www.george-muller.es del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web www.mullers.org